

LENTES HIGIÉNICOS

y gemelos de moda garantizados

GARCÍA

Optico. Carretas. 3

Agua de Colonia

medicinal é higiénica, indispensable para el tocador.

Superior á todas las conocidas.

Adoratina.—El mejor Elixir dentrífico.—Frasco, 1 y 2 pesetas.

Gran Farmacia y Laboratorio químico del
Dr. E. TORTOSA—Barquillo. 17—MADRID

Gran Salón de Peluquería

Servicio esmerado y de desinfección.

Antonio Vera

León, 35. Madrid

LA JOYITA

Se construyen y reforman toda clase de alhajas.

Paga á altos precios platino, oro, plata y piedras preciosas.

Príncipe, 4, Madrid.

LOS GOLFOS

DEL ARTE

REVISTA QUINCENAL LITERARIA

NUESTRAS

CARICATURAS

El cuarto de la larga serie que pensamos sacar á relucir ó á *relumbrar* en esta Revista, se llama Manuel Fernández.

En primer lugar, os diré que Manolo es un buen chico, aunque los *medios chicos* no le gustan, y, en segundo, que escribe con facilidad, y que lo que más le agrada es la nota alegre. A su lado nadie tiene penas, aunque con pan no las mitigue. Pero *saboreando* sus producciones... ¡el delirio! Hace reír á una cofradía, *mau* que los cofrades pertenezcan á tanta *mau* la á la Ciervatana ó á San Pedro Mártir.

¿Que no? Seguid leyendo.

Para "Los Golfos del Arte,"

A mi antigua mesa de periodista se ha acercado un «Golfo del Arte» y me ha pedido un trabajo para su revista, y yo, que ya viejo, no puedo olvidar que también fui «golfo», aunque no logré salir de ese estado en la literatura, he cogido mi

pecadora pluma para emborronar estas cuartillas.

Sino fuera por la gran amistad que me une con los jóvenes redactores de la revista en que verán la luz estas líneas, concluiría mi trabajo con sólo prorrumpir una exclamación de risa.

¿De dónde demonios habrán sacado estos jóvenes, que sólo es necesario proponerse escribir para conseguirlo? ¿Habrán creído, por ventura, que sólo con amor al estudio, con perseverancia y buena fe, se llega á convertirse en periodistas?

Vengan ustedes acá. ¿Qué título académico tienen ustedes? ¿Cuántas oposiciones han ganado? ¿Qué trabajo, debido á la pluma de los *golfos*, ha merecido premio?

No; no me vengan ustedes con que Dumas no fué siquiera bachiller y con que Benot no tenía títulos académicos.

Al fin y al cabo, Dumas no pasó de ser un mediano novelista y Benot una biblioteca parlante.

Para ser periodista se precisa ser guapos, tener títulos académicos, desenvoltura y, además, vestir elegante, y ¡vive Dios! que en las tres caricaturas que llevan ustedes publicadas sólo veo el tipo de... *golfos*.

Y además ¿en qué partido político mili-

tan ustedes? ¿á qué personajes rinden parias? ¿cuántas veces al día dicen ustedes «mi ilustre jefe»?

¿Han traducido ustedes á alguien? ¿pueden ustedes (aunque sea de oídas) hablar de autores extranjeros? ¿conocen á los clásicos? ¿han comentado á alguno?

Infelices muchachos á quien los ardores de la juventud han llenado la cabeza de ilusiones y el corazón de esperanza. Volved á vuestras oficinas la vista; seguid en el seno de la confianza depositando vuestros trabajos; no aguardéis de la opinión pública ni siquiera un aplauso; no aguardéis de los viejos periodistas ni una mirada de benevolencia.

La opinión pública no os atenderá porque sólo quiere el «nombre hecho», porque al pasar los ojos por el periódico ó la revista busca la firma del autor conocido, importándole un ardite lo que decir pueda la juventud que llena de ilusiones y de esperanza, busca en el trabajo la conquista del nombre ó la enseñanza necesaria para retirarse si ha errado la vocación.

Los viejos periodistas ni leerán vuestros trabajos, ni os consolarán, porque de antemano saben que no lograréis imponeros al público, si la influencia política ó la casualidad no os abre de par en par las columnas de algún grande rotativo.

¿Qué importa que tengáis facultades? Sino tenéis quien os proteja, sois hombres al agua. Y, además, ¿sabéis, mis queridos golfos, lo que cuesta ser periodistas?

Es necesario que reneguéis de vuestra independencia de bohemios; que amoldéis vuestro pensamiento y vuestra voluntad al pensamiento y á la voluntad que informan el periódico en que escribáis; que su-

jetéis vuestro criterio al estrecho círculo de un programa, si lo hay, y sino, al capricho del que sea vuestro jefe.

¿Que no queréis ser periodistas? ¿Que queréis ser literatos?

¡Oh! Eso es otra cosa. Pero, ¿á dónde llevaréis vuestros trabajos? ¿Al libro? ¡Ah! Entonces solicitud por adelantado una cama en el Hospital provincial, donde seguramente acabaréis vuestros días.

Dejáos, dejáos de escribir. Volved á la oficina, á la fábrica, al taller, á donde ganéis el cotidiano sustento. Procurad avanzar en vuestra profesión, dejáos de ideales; convertiros en autómatas, en materialistas...

Y sino seguid, seguid vuestro camino. No déis oídos á las palabras de este fracasado, de éste que tanto luchó, pero que cayó rendido en medio del camino.

¡Quién sabe! Acaso vuestra juventud, vuestra esperanza y vuestra idealidad, sean más fuertes que la mía y triunfen.

Yo gasté mis energías en las luchas de la política y de la literatura y sólo me ha quedado de aquello un anagrama querido, un artículo premiado, el corazón deshecho y la voluntad agotada.

¡Qué feliz, pues, sería, si al menos contemplase vuestro triunfo, porque así podría disculparme diciendo: «no estaba reservada á mi generación la victoria; pertenecía á la generación siguiente; por eso no triunfé yo»!

José J. Conesa.



PODER DE LA BELLEZA

..... Con movimientos convulsivos de epiléptico estrujé aquella carta entre mis manos.

Sus negros caracteres, grabándose con saña en mi cerebro, me hacían enloquecer; sus débiles huellas serpenteaban en maquiavélica danza ante mis ojos, y el espíritu encarnado en ella me asataba, con el influjo de su mordaz contenido, el corazón.

Me parecía que sus intangibles rasgos y sus diabólicos signos, revoloteando en la sombra alrededor de mi cráneo, unas veces uniéndose para formar sílabas, palabras ó conceptos, y separándose otras, como para deshacer lo que antes hicieran, jugueteaban con mi ultrajada ilusión.

Si; aquellas contadas letras me habían hecho más daño que el que pudiera haberme producido la lectura de mi sentencia de muerte.

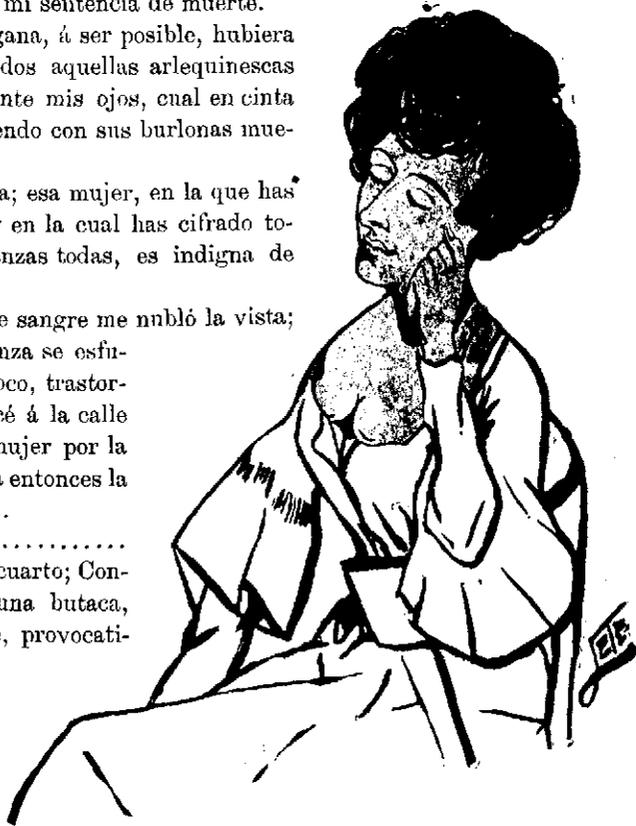
¡Oh! ¡De qué buena gana, á ser posible, hubiera yo deshecho entre los dedos aquellas arlequinescas figurillas que veía cruzar ante mis ojos, cual en cinta cinematográfica, escarneciendo con sus burlonas muecas mi dolor.

«Tu querida te engaña; esa mujer, en la que has puesto toda tu existencia y en la cual has cifrado todos tus anhelos, tus esperanzas todas, es indigna de ti... Tengo pruebas...»

No vi más; un velo de sangre me nubló la vista; una idea de terrible venganza se esfumó allá en mi mente, y loco, trastornado, fuera de mí, me lancé á la calle en busca de la traidora mujer por la cual hubiera yo dado hasta entonces la última gota de mi sangre...

.....Me aproximé á su cuarto; Concha estaba reclinada en una butaca, con una postura indolente, provocativa, seductora. Dormía...

Descansaba la soberana cabeza, coronada de sedosísimos bucles negros, sobre sus mórbidas manos; el hermoso busto,



erguido y arrogante como de matrona romana, estremeciase voluptuosamente á impulsos de la rítmica respiración, y sus diminutos piececitos de muñeca asomábanse con timidez, cual curiosas doncellitas, por entre los revuelos y encajes del vestido.

El corpiño desabrochado descubrió á mis ojos el maleante nacimiento del seno, carne delicada, fina, traicionera, que hinchaba en mareantes ondulaciones el suave alentar; el olor que de allí se escapaba, delicioso cual de flores de naranjo y de jazmines, me trastornó por completo, y sentime atraído hacia aquel camino de encanto, hacia aquel indiscreto resquicio de su rendida honestidad.

Y entonces noté que dentro de mi espíritu se producía una enérgica revolución, por la cual, la pasión excitada y el ultraje inferido, el hombre, en una palabra, rendíanse ante el poeta que canta, ante el escritor que sueña, ante el artista que admira...

Aquella mujer, á la que seguramente hubiera estrangulado entre mis brazos de hallarla despierta, me subyugaba, me atraía con su mágica hermosura; mejor dicho, me causaba respeto y admiración.

Y era que en ese *lapsus* de la vida, verdadera imagen del descanso eterno, durante el cual los sentidos duermen y las pasiones se acallan, no veía yo en ella á la traidora mujer que me había escarnecido, no; admiraba á la hembra hermosa, á la estatua griega de belleza láica, á la encarnación perfecta de mis ensueños de artista...

La lucha entablada entre el soñador y el hombre me hacia sufrir horriblemente.

De nuevo cruzó por mi imaginación el

recuerdo de la acusadora carta, y nuevamente el terrible fantasma de los celos se apoderó de todo mi cuerpo, haciendo presa en él con sus terribles mordeduras...

Acaricié con fruición la culata de mi revolver y...

Una dulce y coquetuela sonrisa esbozóse ligeramente en sus carmíneos labios y un prolongado suspiro, lleno de promesas voluptuosas y de deseos, se le escapó del henchido pecho...

No pude más. Aquella sonrisa y aquel suspiro me acabaron de enloquecer por completo, me flaquearon las piernas, sentime acometido de una especie de adoración hacia ella, y caí de rodillas ante aquella soberana mujer, ante aquella hermosísima hembra.

¡La belleza había triunfado una vez más sobre la bestia humana!

Alfonso Monó.

AMOR LIBRE

I

*Reclina en mí tu cabeza,
junta tu cuerpo en mi cuerpo,
y con las hebras endrinas
de tu abundoso cabello,
teje corona luciente
que consagre el himeneo
de nuestras almas unidas
al contacto de los besos.*

II

*Yo seré el eterno amante
de tus bellezas de fuego,
encendidas por las lumbres*

*de tus bellos ojos negros.
Entre halagos y caricias
te contaré mis ensueños,
para dormirte en mis brazos
bebiendo tu dulce aliento.*

III

*Apartados de las gentes
siempre unidos viviremos.
Serás mi diosa y mi esclava,
pues con amor tan inmenso,
tan sólo podrás pagarme
este cariño de acero,
que me rebosa del alma,
que se me escapa del cuerpo.*

IV

*Sobre la falda de un monte
nuestro nido construiremos,
con peñascos de las sierras,
con olorosos beleños;
el Sol nos dará sus luces
ardientes, como el deseo
nunca extinguido de amores
que abrigarán nuestros pechos.*

V

*Las tórtolas melancólicas,
posadas entre los fresnos,
cuando ya la tarde huya
y en calma se acueste el cierzo,
modularán sus arrullos
más amorosos y tiernos,
al sentir entre suspiros
de nuestros besos los ecos...*

VI

*En el claro del bosque
más perfumado y más fresco,*

*sobre una alfombra de cesped
de gratos rumores lleno,
pascaremos, abrazados,
nuestro idilio siempre eterno...
tú, sonriente, dichosa;
yo, alegre, feliz, contento.*

VII

*Cantarán nuestro amor libre
con dulcísimos acentos,
las brisas murmuradoras,
los pajarillos parleros.
Y cuando la luna tienda
sus blancos y castos velos,
los gorjeos de aquel canto
arrullarán nuestro sueño.*

VIII

*El alba vendrá á besarte
con sus fulgores más bellos;
sus celajes de azul y oro
nos levantarán del lecho.
Y tus risas infantiles
y el arpegio de mis versos,
confundidos en un trino,
saludarán al día nuevo...*

IX

*Ven á mis brazos, Sirena.
Junta tu cuerpo á mi cuerpo.
Haz, y enlaza á nuestras frentes,
con las trenzas de tu pelo,
bella corona de amores...
¡Ven... que á disfrutar iremos
de nuestro grande amor libre
á los montes del ensueño!*

Luis Marcelo Marcos (Locemar).



LUISITA CONDE (PETITE LORETO)

Decir que esta pequeña artista tiene talento, gracia é ingenio es repetir una vez más lo que muchos periódicos han dicho. Pero como la hemos visto; como quiera que su trabajo ha llegado á nosotros con esa bella impresión del verdadero arte, no

tenemos por menos que ocuparnos de esta *chavalilla*, en la que, con sobrada razón, tienen cifrados todos los que la conocen días de gloria para la escena.

El ingenio sugestivo de Loreto Prado; su temperamento siempre asimilable á



todo lo que es arte, su gracia, su discreción, parece que han formado el molde de esta nueva y pequeña artista, digna y única sucesora de su escuela. Diganlo sino *Los granujas*, *La nieta de su abuelo*, *El chico de la portera*, *La cuna*, *Los chicos de la escuela* y cien más, que si á la creadora de estos tipos le dió honor y

gloria, á esta artista incipiente que cuenta doce años escasos, ¿qué no le dará? Es muy joven y en la escena está su alma. Empieza por donde muchos acaban. ¿Será aventurado predecirla días de inmenso júbilo? Al tiempo. Nosotros, mientras tanto, la dedicamos desde esta modesta Revista un sincero aplauso.

¡Dejad que sueñen!

Cuando os encontréis con esos seres soñadores que atienden por *bohemos* del Arte, aunque sus propósitos os parezcan descabellados, no les llaméis locos, pues vuestro calificativo pudiera ser dardo cruel que clavárais en sus anhelos de lucha.

Dejad que sueñen, dejad que se hagan la ilusión de que en fecha no lejana, las trompetas de la fama aclamarán su nombre, porque de esta manera estáis libres de que vuestra conciencia, haciendo oficio de fiscal, pueda acusaros de haber quitado al Arte algunos de sus mejores cultivadores.

Dejad que sueñen con el aplauso del público, con ese aplauso espontáneo que sólo se tributa al Arte, y que es más sublime que el que continuamente se otorga á los millones del rico, que tal vez hizo su fortuna á costa de esos bohemos que suelen no comer mientras otros se aprovechan del producto de su talento.

Dejad que sueñen, para que si logran vencer en la lucha gigantesca con la inspiración, aumenten las páginas gloriosas que tuvimos que dedicar á nuestros más esclarecidos artistas.

Dejad que sueñen, porque el sueño es vida; la vida, lucha; la lucha, trabajo, y el trabajo, dignidad.

Y puesto que la dignidad debe ser siempre nuestro lema ¡dejad que sueñen!

José Jiménez Masa.

GOLFERANCIAS

En los tiempos que corremos, ó que nos corren, esto de hacer versos y escribir

artículos más ó menos literarios, es una enfermedad tan corriente, que casi todos padecemos de ella. Es horrible. ¿Quién, á estas alturas, no se encuentra acatarrado? Feliz mortal, el que éste sea. ¿Quién es el que no se dedica á escribir para los periódicos, calendarios, ó á publicar algún libro? Más feliz todavía, pues á ese no le ha entrado el vértigo de poetizar y articular, que es peor que verse asediado por el tifus ó por los ingleses.

Conozco yo á un tal Robustiano Gorjeo, que además de un catarro archisuper, tiene una hermana bizca del izquierdo y una facilidad espantosa para escribir artículos, y se hace sus doce diariamente, todos los días; pero no se crean, queridos lectores, son artículos de primera necesidad, es decir, de primera clase; buenos, como suyos, y como suyos, dignos de conducirse á la Gloria y á las Academias.

Cierto día, al bajar de mi casa, encontréme al aguador en el descansillo de la escalera, sentado sobre la cuba, con un papel sostenido en las rodillas y empuñando un lapiz batuta con la mano derecha. Se ensimismaba con la idea de trasladar al papel algún pensamiento, al parecer hermoso. Le pregunté, y me dijo que estaba escribiendo un cuento para *El Semanal*, y en los ratos perdidos, entre cuba y cuba, un capítulo improvisado.

Si va uno al teatro (vulgo cine) no falta un compañero de localidad, que da la tabarra, con que si la obra es mala, que él lo hace mejor (sobre todo la modestia), que ya se verá cuando estrene y etc., etc. Total: que sale uno renegando hasta de la hora en que se le ocurrió ir, y esperando encontrar, donde menos piense, con otra continuación.

En el amor no hablemos. Todos declaran su pasión en verso (viste mucho), creyéndose ser un Ruben Darío ó un Santos Chocano, que son los poetas de moda, y no pasan de ser un hortericilla de tres al cuarto, ó un mal aprendiz de hojalatero.

Patronas hay, que al pedir á sus huéspedes la mensualidad, lo hacen en verso, y los pupilos á su vez, les contentan, sino de la misma forma, por lo menos, le endilgan un articulazo de fondo, pero de mucho fondo, y misión cumplida.

Y, en fin, tratando de esto, se podría hacer una galería, de más volúmenes que los Episodios Nacionales.

¡Oh, musas de la poesía! Seguid, seguid soplando con fuerza en los cacúmenes de todo bicho viviente, y vosotros, poetazos, no abandonéis la lira, no olvidéis la péñola, y «seguid, seguid la senda» que habéis comenciado (1) seguid haciendo versos, y *versos* de una vez, que al fin de la jornada, podréis haber logrado, lo que otros no pudieron, que fué dinero y prez. Y caso contrario, paciencia y escribir.

Manuel Fernández.

LA ESCRITORA

La conocí... un día. Comía en el *mis-mo restaurant* que yo, y á la misma mesa. El número de comensales ascendía á siete. Ella, rubia y esbelta, de infantiles facciones, de coquetona sonrisa en los labios siempre... Otra amiguita suya, morena, de aspecto melancólico, otra escritora más romántica... Un cura de respe-

tables apariencias; un comandante retirado de tosco ceño y voz tosca también; un prestamista de aspecto insociable; un poeta modernista y un servidor... don nadie casi. Total: siete cubiertos de á peseta. Siete hermanos que comían y discutían todos los días las mismas cosas.

La escritora rubia y esbelta me cautivó desde el primer momento. Ella llevaba la clave de las discusiones. Lo notable del caso, era su conformidad en todos los asuntos. Se hablaba de novelistas, admiraba á Unamuno y á Valle Inclán. De poetas, á Rubén y á Rueda; de escritores, á Echegaray y á Benavente; de pintores, de músicos, de escultores... Los unos y los otros valían tanto; no tenía predilección por fulano ó zutano; ninguno la atraía; todos le eran iguales, á todos admiraba.

En cierta ocasión me atreví á interrogarla: —¿Cómo es posible que á su gusto se adapten gustos diferentes? — Se sonrió. Después respondiome con gravedad: —¡Oh! ¡Amigo mio! Yo saboreo, admiro, contemplo la belleza. Prescindo de la forma de elaborarla. Todos hacen poesía, y siendo poesía belleza, me agradan todos. ¿Quiere usted saber más? — Cerré los labios y admiré á la mujer prodigio. Otras escritoras censuraban á todo bicho viviente, por el afán de darse tono; de aparentar mucho saber: de esto saqué la consecuencia de que todas las mujeres literatas serían iguales. Otro día me aventuré á preguntarla su opinión sobre las cosas del amor. Me contestó de igual modo: otra sonrisa y otro canto notable, poético, sobre el amor. Miradas, sonrisas, besos... todo era amor divino, todo era poesía, belleza... y como tal lo admiraba,

(1) Yo soy muy chulo p'hablar.

Empezó á preocuparme el carácter bondadoso de la escritora; su trato excesivamente simpático, me hizo entrar en desconfianza; llegué á imaginar que sus sonrisas cubrían algo horrible, trágico. Después pensé si su filosofía consistiría en creer, en juzgar bien en todas las cosas.

Y por más confidencias que estudié, astuto, ninguna pudo sacarme de dudas.

Pasado algún tiempo escribió un libro: «La esencia de la vida». Fué un grito de indignación lleno de sublimidad. En párrafos de poesía, de belleza, hacía historia de su vida pasada de tormentos y de sonrisas. La esencia de la vida; un conjunto de ingratitudes, de crueldades, pero todas ellas entre flores perfumadas. El amor... El amor de la escritora había sido de miradas y sonrisas, de besos y de olvidos... Su epílogo era seco: de muerte. Pero al oírla conversar, siempre sonriente; al contemplarla bondadosa para todo, yo la descubrí. Su libro y su carácter eran distintos. El libro era la esencia de su vida: la verdad; el carácter, el trato suyo para con las gentes, lo imprescindible para coronar sus éxitos: el manto de hipocresía con que cubren las huellas del poco saber los que no saben nada...

Eladio F. Egocheaga.

SACRILEGIO

Eran sus sedosos cabellos rubios como si hubieran sido bañados por los oros del Sol. Diríase que su piel había sido hecha de nieve immaculada. Sus ojos, dos manchas de azul, de dibujo divino, eran más

bien dos cachos de cielo libre del maridaje con las nubes, y cincel milagroso y de portentoso fué el que modeló la graciosa divinidad de sus curvas.

Tal era una mujer rubia á quien yo adoré ideal y locamente, con toda la loca idealidad de veinte años.

Amor el mío, en absoluto, del espíritu. Hambrienta mi alma de goces, fué su virgínea majestuosidad la hostia, santa tres veces, con que comulgó toda la espiritualidad mía en el entonces, para mí, exclusivo altar donde mi alma se sublimizaba, oficiando ante el dios único de mi también única religión. ¡Ideal!

Un día, aquella mujer rubia me hizo oír un grito de sensualismo. Mi altar hundióse, y, arrastrándome, á punto estuve de sucumbir. Fui fuerte. De la materia, impedimenta para ofrendar á mi Ideal, me deshice con brío. Me vencí, y antes de macular la hostia, santa tres veces, con que había comulgado toda la espiritualidad mía, hui; ¿saqué con mi huida cédula de cobarde ó imbecil?...

Otro hombre halló de la misma religión suya. Carne de sacrificio era su carne, y cayó, cayó para no redimirse nunca, y fué rodando hacia el fondo de la sima impura, dejándose en los zarzales de deshonra que le bordean pedazos de su entraña.

Sin tal vez, hoy la mujer rubia como bañada por los oros del Sol, me recuerda, y acaso al recordarme, una lágrima traidora y justiciera sea la penitencia por su grito de sensualismo y el castigo por su crimen en mi ideal.

Lorenzo Cid Gascón.

SONAR CON ELLA

Transportada mi mente en alas de un plácido sueño á un pequeño rincón de Castilla, donde vive el sér de mis ilusiones, volví á sentir en mi alma los dulces recuerdos de antaño.

¡Los matinales paseos! ¡Las firmes promesas que en las noches estivales, tras la reja de su hogar me hacía! ¡Los juramentos! ¡Los proyectos que, impulsados por un amor vehemente, construían nuestros ardorosos y juveniles cerebros!

¡La tarde aquella, gris y monótona, del mes de octubre, en que partió de mi lado!... Después, el tren que se aleja rápidamente y un sér que, triste y abatido, tornaba á su vivienda con el alma transida de pena.

Luego, en el centro de una extensa campiña, veía una casita de nivea blancura, rodeada de verdes zarzales, que entretejíanse formando caprichosos dibujos, y allí ¡ella!, ¡mi Rosa querida!

Veíala pensativa, pálida; el rosado color de otro tiempo habíase alejado de sus mejillas; la intensa vivacidad de su mirada se había trocado en mirar melancólico: mi pobre Rosa sufría.

Por un instante creí hallarme á su lado; la contemplé breve rato, sin atreverme á turbar su calma; pero ¡ay! lanzó al espacio un prolongado suspiro y pronunció mi nombre.

No pude resistir más. Lancéme sobre ella como el águila sobre su presa; la estreché entre mis brazos con loco frenesí; sellé sus labios con los míos y oyóse como un eco el tenue ruido de un casto beso...

Desperté. ¡Cuán distinto era el sitio en que me hallaba! Sólo en mi mente conservaba el recuerdo de aquel sueño que debió ser eterno...

Vicente Garrido.

DE CONFERENCIA



—Escucha, Nicanora: Tú bien sabes hasta qué sitio de mi cuerpo llega, el que tú con el «Ranas» ó el «Joroba» te dialogues de cosas que son serias. Quiero darte un consejo, ú tres, ú cuatro, para que, claro como el agua, veas, el mal efezto que produce á todos con la honra al jugar de esa manera.

Pero antes, retrechera Nicanora, tráete un culillo de lo que más quieras para que pase enmedio de sus tragos ese otro trago de esta vida perra. Así me gustan á mí toas las mujeres: que escuchen, vean, callen y obedezcan. Pues, como te iba iciendo, las calurnias cuasi siempre nos dejan una ofensa, que sólo un hombre, como yo de agullas puede limpiar la mancha que nos dejan

Yo ya sé que estuvistes con el «Ranas» unos meses... quizás media docena, en lazo indesoluble

—Fué uno sólo.

—Para estos casos es la misma cuenta.
Es el caso que un chico vino al mundo á consecuencia de esa unión.

—La cierta.
—Y que el *rorro* murió por un disgusto que á tí te ocasionara el sinvergüenza.
—En después, te llegastes al «Joroba» y creyendo, inocente, en sus promesas, estuviste en su casa cuatro meses, conservando intachable la pureza.
—Y que luego... Un favor te debería si le limpias las gotas que chorrean á este vaso de quince.

—Iré á la fuente.
—No; llénalo de lo mismo, que escanela. Y luego, como digo, te vinistes con este que está hablando, y dicho sea con orgullo de un hombre satisfecho, nunca dióte motivo *pa* una queja.

Pero á veces pláticas, Nicanora, con todo aquél que en medio se presenta sabiendo, como sabes, que esas charlas me ponen de mal forma la cabeza, y si un día se sube el santo al cielo, en una de esas veces que yo os vea, es seguro que doy con mis costillas en Ceuta, por lo menos... ¿Tú te enteras? Porque ni en broma *azmito* esos chun-

gueos que se traen unos cuantos sinvergüenzas poniendo en duda tu honradez, y en eso yo no cedo ni el canto *una peseta*.

Y apropósito de esto. Oye una cosa, que el decirlo, hasta á mí me da vergüenza.

Tú ya sabes que el parto que tuvistes, y que por cierto fué la cosa negra, dió el motivo de hablar á Don Canuto para que, cual merèces, te asistiera. Y acuérdate que fueron diez visitas las que á cero cincuenta, son .. pesetas... tantas como cinco, que hasta ahora no le he *dao* por estar siempre á dos velas. Pero escucha. En la calle de Toledo ayer tu comadrón me vió y «¡la cuenta!»

me dijo sin fijarse en los curiosos que venían del *lao* de la Plazuela. Y esas son unas cosas que denigran y le revuelve el vientre á cualesquiera.
—No te sulfures tanto.

—No es *pa* menos...
—¿Y te ha dicho cuánto es?

—Cinco pesetas.
—Pues tómalas y dile á ese tío simple que aunque pobres, sabemos qu'es *de*-cencia.

—Lo que yo le diré á ese matasanos es que aprenda á tener delicadeza. Pero antes otro sorbo necesito porque habrá que poner la cara seria. (*Bebe*). Hasta luego.

—Adios Juanillo
Y cuidao con que formes pelotera...
.....
.....

—¿Dónde va Juan Manuel tan de ligero?
—Voy en busca del «Ranas» y el «Jumera» que he cobrao una deuda que tenía y quisiera jugar me una carteta.

A. Rodríguez.

FINAL DE ORGIA

Los últimos vestigios de la cena veíanse esparcidos por la mesa; cena abundante, espléndida, donde el champagne había jugado principal papel. ¡El champagne! Néctar imprescindible en las grandes bacanales, que brilla en las copas de Bohemia cual oro fundido, que embriaga las almas hasta hacerlas entrever un más allá desconocido.

El duque de siempre: uno de esos seres que viven de caricias falsas, que no tienen dominio de sí mismos, que no obran

con voluntad propia, que alimentan la escuela del vicio á costa de sus riquezas, habia sido aquella noche el anfitrión de la fiesta.

En unión de una de tantas *Mimis* de más ó menos categoría, se habia encontrado en un gabinete coquetón, formado de expofeso para estos casos y donde no se echa de menos el más pequeño detalle en elegancia y coqueteria, para inclinar á los espíritus vehementes á entregarse en brazos de Cupido...

Al principio, los manjares serian engullidos por ella y él; luego, cuando sus estómagos estuvieran repletos, se abandonaria el uno en brazos de la otra.

Por un momento, la pasión volcánica del hombre se infiltraria en el alma de aquella pecadora, y la ilusión de un segundo le haría concebir una realidad. Todo lo que el duque era, todo lo que valia, todo, en cuerpo y alma, le habia pertenecido, siendo su esclavo y su señor á un tiempo, y si en aquellos instantes en que el amor llega á sus límites, *ella* le hubiera pedido la vida, *el* la hubiera dado muy gustoso...

Después, nada... La bestia rendida que ha satisfecho un deseo; una hora menos de dicha y un recuerdo más que añadir á su memoria.

Más tarde, un hombre, en cuyo rostro se advierten las huellas del insomnio, que sale de aquel nido testigo de vicios, de lujurias y vergüenzas, tambaleándose aún por los vapores del vino...

Alí queda *ella*, la que ha servido de materia explotable. Su cabecita, reclinada

en el brazo de una butaca, muestra su *toilette* en desorden; el carmín de sus mejillas ha desaparecido; sus ojillos, aquellos ojillos con los que habia conquistado á tantos, estaban entornados, y su cuerpo habia sido vencido por el sueño. Ya no se oía la risa femenil de la hembra al chocar de las copas por los brindis; ya no se percibía el rumor de palabras dulces, apasionadas. Todo era quietud y silencio; sólo se aspiraban en el gabinete aromas ambarinos y esencias de rosas.

Sólo en la imaginación de la *Mimí* habia quedado un algo: la dulce remembranza del pasado. Con él soñaba, y al soñar, veía un mundo olvidado para ella, de donde habia salido en otro tiempo; parecia gozar las primicias de un primer amor, al par que sonreía, sonreía siempre, como si aun sintiera repercutir en sus oídos el eco de una frase amorosa; como si experimentase la dulce sensación de unas manos que acariciaban sus cabellos, y, por último, como si sintiera estremecer su cuerpo al contacto de un beso...

Julio Mur y Suárez.

FLOR DE BESO

Me verás donde quiera. Y tus sueños serán para mí. Porque yo andaré desatentadamente por el mundo vario y porque yo habré querido olvidarte y no más verte. No más verte humilde, recogida, callada, tímida, poniendo los ojos bellos en la pueril labor que tus manos bellísimas,

delicadas y blancas, están haciendo en las interminables horas, con silencio y con soledad, en que va transcurriendo tu vida tranquila, sosegada, inalterable.

Esta calma, esta benignidad tan dulce y tan mansa de tus días, acaso me aburririeron un poco, y tomé por frialdades de desamor las inefables serenidades y purezas de tu alma niña, y te negué el querer piadoso, y entrando, vengativo y desconsolador, en el jardín de tus esperanzas, las rompí todas en el día último de nuestra amistad...

Pero tú has seguido pensando en mí irremediablemente. Y cuando me has visto entrar en tu portal, buscando refugio de la lluvia tenaz é implacable, que va cayendo lenta desde los cielos grises sobre la tierra triste; cuando has adivinado que te estaba mirando en el mismo sitio de siempre, en idéntica postura, con tu inalterable reposo habitual, ni has hecho un gesto ni un movimiento; tus ojos, anchos y luminosos, han continuado bajos, extáticos en el ensueño, adormecidos en la emoción, tu pecho ha seguido respirando suavemente, dulcemente, y tu cuerpo adorable, ha permanecido quieto, inmóvil...

Yo recobraba mi embeleso por tí; volvía á desear las caricias de tus manos, las promesas de tus ojos y las bienandanzas de tus rendimientos.

Por eso quedamente me acerqué á tí y te dije, mirando al clavel de tus labios, unas palabras de arrepentimiento y de amor, y por eso cuando vi que tus ojos se elevaban á los míos, confiados y alegres, me atreví á inclinarme y besarte en la

boca, en la golosa boca, toda aroma y ardor.

Tembló tu cuerpo, palpitó, y quedaste luego confusa, aturdida...

Y yo, cruel y perverso, escapé del portal, porque los cielos no lloraban ya; porque la Tierra se alegraba bajo una inundación de Sol; porque tú empezaste á llorar con miedo y con vergüenza...

Fernando Herce.

OBSERVANDO

A la hora de concluir las representaciones en los teatros acontece lo que voy á referir.

Seguramente, las manecillas del reloj de La Equitativa no marcan aún las doce y media, cuando por las puertas del Teatro Español comienza á salir el público de los martes de moda, ese público abonado á los coliseos de la calle del Príncipe, de la Corredera, de la Plaza de Isabel II... y alguna vez (¡qué demonio!) al del Pasadizo de San Ginés en tiempos de *Gatitas*, *Artes* y demás *Trompeterías* al hombro.

Y la gran multitud, esa multitud de sedas y perfumes, de automóviles y brillantes, de sombreros de copa (ellos) y de tentadores descotes (ellas), toman acomodo en sus carruajes, unos, y echan, otros, camino adelante en distintas direcciones; resguardándose todos del frío intenso que hace.

Sigamos los pasos de una dama, á quien un caballero da el brazo. El, marcha con el cuello del gabán subido; ella, con un fino y blanco pañuelo, tapa su boca. Esto

es una costumbre, igual que la de pedir cuando se tiene hambre.

Y á propósito de pedir. Cerca de la calle de Sevilla, sale al encuentro de la anterior pareja una andrajosa niña, que mal cubre su aterido y débil cuerpo con un pañuelo de algodón de vivos colores. Modula, soniqueteando, unas cuantas palabras en demanda de limosna. Y el caballero...

Veamos. Si; mete su mano izquierda en el bolsillo del gabán y la saca en seguida, acercándola á la de la niña. Yo supongo que ha dejado caer una moneda. En efecto: la muchacha queda, al parecer, contenta; sonríe... y al mismo tiempo besa algo en sus manos.

La señora y el caballero siguen andando, y ya en la calle donde los cómicos se reúnen, les sale al encuentro un hombre. cojo por más señas, que vende décimos, —¡El de la suerte, señorito!.. ¡Llévemelo usted!..—El señorito calla y sigue andando. Y viendo el de los décimos la poca gana de lotería que demuestra el caballero del gabán, también le implora una caridad. Por segunda vez acoge en sus oídos la voz de la miseria... y desliza en la mano del inválido unas monedas que suenan á cobre.

Continúa marchando lentamente. Esquina á la calle de Alcalá, un pequeñuelo (cuatro ó cinco años cuenta) acude con la mano tendida pretendiendo lo que sus dos camaradas.

Y cuando va á ser afortunadamente socorrido por la caritativa mano del caballero, un guardia se interpone entre los dos, impidiendo que la mano salga fuera del bolsillo á cumplir la obra de misericordia de «dar de comer al hambriento»... —¡No molestes, chico!—Dice el guardia.

Y terminado aquella noche su servicio, se iría á nu casa tranquilamente y se quedaría profundamente dormido, como aquel que ha cumplido con su deber de velar por el orden público...

Mariano Parra-Cañas.

¡ADIÓS!

*Hijo del alma; tu funesta suerte
te condena á marchar hacia la guerra;
te condena á pasar la triste tierra
donde á mares sembrando está la muerte.*

*Grandísimo dolor me causa verte
con todo el batallón cruzar la sierra,
en donde el paso á mis empeños cierra,
no pudiendo á mi lado ya ten rte.*

*Mas ya que no te queda otro remedio,
cuando te encuentres de la lucha en medio,
y aunque el dolor tu corazón taladre,
presta con ansia tu robusto brazo,
que al volver hallarás un tierno abrazo
que sólo para tí guarda tu madre.*

Enrique y Juan Chaves Rodríguez.

CRÓNICA

Safre en Silencio

Es día de sol; cielo limpio que al corazón alegre y al alma sonríe.

Agua que pasa de un depósito á otro formando una pequeña cascada, con su espuma blanca y melancólico murmurio.

El musgo servíame de asiento, pensando que es gran contento vivir para el amor y la justicia.

La plana superficie del estanque, aparecía á intervalos rizada por impulsos de la tibia brisa, que es fuente de vida. Dibujábanse también círculos concéntricos y en su interior, penetrando que iba mi vista á través del claro y azulado líquido, se reflejaban árboles y plantas invertidos.

Mi espíritu, inclinado que estaba al goce, hubiérale dado rienda suelta si en aquel instante no llegaran á mis oídos, como lamentos de niño, la conversación de dos ancianos, que trocó mi risa en llanto.

Balbuencias por la edad y la emoción, relataban uno de tantos casos imprevistos por la justicia humana.

Una mujer que se encuentra postrada en cama infinidad de años. Dolores reumáticos impiden á sus miembros todo movimiento.

Cubrir apariencias. He aquí el objeto que guía á todas estas sociedades que se erigen en protectoras del género humano.

Esa mujer muere extenuada, por consunción. El pequeño óbolo que recibe de estas filantrópicas sociedades no es suficiente para contrabalancear el desgaste que la enfermedad hace en su naturaleza.

Las palabras de aquellos viejos producían en mis nervios sacudidas violentas, adivinando los sufrimientos de la enferma. Siempre mirando al mismo punto: al cielo; pero no lo ve, ni ve el Sol, ni oye el melancólico murmurio del agua cuando pasa de un depósito á otro, ni la besa la tibia brisa, que es fuente de vida.

Sin embargo, no maldice, no impreca á nadie; sufre su desamparo con la resignación del mártir; no tiene amor de macho ni el amor de los amores; comprende que es preciso el dolor para sublimar el espíritu. Y por eso no se agita, ni se impacien-

ta, ni culpa. Una sonrisa inexpresiva aparece muy pocas veces á sus labios. Tal vez con esa sonrisa, exhale el último aliento, sin convulsiones, sin estertor, sin retorcimientos de músculos aferrados á la vida, para despertar en la vida perdurable, en la luz, en el espacio infinito, sin fronteras ni demarcaciones. Todo es todo.

Francisco Peña.



Carnet de apuntes.

Ena Victoria.

Al girar una visita de información por los cines, hemos tropezado con el que encabeza estas líneas, resultando muy aceptable la compañía que en él actúa.

Ultimamente, han puesto en escena «El dúo de la Africana», alcanzándose por parte de todos un completo éxito, distinguiéndose notablemente la señorita Gómez (E.), señoritas Mira y Torquemada y los señores Sara, Gancedo, Soriano y Martí.

Nuevamente actúa en este elegante coliseo el aplaudido actor cómico Sr. Parra-Cañas, que tan lucida campaña artística realizó en la temporada otoñal.

Función teatral.

Organizada por el distinguido aficionado D. Abelardo Leira y dedicada á la simpática y graciosísima Loreto Prado, se dará una función el 25 del corriente, por la tarde, en el Salón Zorrilla, en la que tomarán parte los inteligentes aficionados Sres. Leira, Gómez, Moreno, La-

guna, Barraón, Martín, Sánchez y otros que sentimos no recordar sus nombres.

A juzgar por los antecedentes que tenemos, dicha función será un acontecimiento artístico.

En el próximo número nos ocuparemos con extensión de ella.

Una novela.

Hemos recibido la novela de Felipe Pérez Capo, titulada «Montón de Huesos».

La obra está admirablemente escrita y en ella se pone de manifiesto el talento de su autor.

* * *

Al dar cuenta en nuestro último número de la labor artística, realizada por los hermanos Caronty y el Sr. D. Antonio Pons, dijimos que la velada se había verificado en el Centro Gallego, siendo así, que fué en el Asturiano.

A cada cual lo suyo.

* * *

Después de una brillante campaña en varios teatros de esta corte, han salido para Barcelona, donde embarcarán con rumbo á la Habana, los aplaudidísimos «modernistas» Francisco Aguilar y Antonia Marqués, deseándoles una feliz acogida.

Obra dramática.

Ha sido admitida por la dirección artística del Coliseo Imperial, un boceto dramático titulado *Sonata de amor*, de nuestros particulares amigos D. Arsensio de Lara y D. Luis Soler; según nuestras noticias se estrenará en breve.

CORRESPONDENCIA

M. C.—Somos *nobles*, pero no tanto, principe amigo. Remita otra cosa.

T. H.—Veremos el medio de complacerle.

H. O. L. E.—«La otra noche» debe decirse directamente á su amigo D. Félix. y «Animo, solteras», aunque tiene gracia, no llena, ni hace reír; haga otra cosa, que usted puede, y se publicará.

P. N.—Haremos por complacerle.

C. P.—(Huelva). Entran en turno.

Rubí.—Corregido. «Si yo fuera poeta» se publicará; el resto, sencillito, aunque no está mal.

A. P. A.—Se verá el medio de servirle.

K. Talina.—Vale y se publicará.

J. J. O.—Aplique lo contestado al anterior para sí.

F. la S.—Fijese y lea la coletilla final.

S. L. A.—*Uno de tantos...* trabajos que deben publicarse.

Luciano.—Otro de tantos... trabajos que son la viceversa del anterior. ¡*Qué cosillas* más malillas, *amiguiyo Lucianiyo*.

Ptolomeo.—Aun cuando está escrito con facilidad y cierta corrección, no es suficiente, usted puede hacer más. Rein-

Lo que me gusta la mar es el color de sus cuartillas, eso inspira mucho.

J. M.—Se publicará esa especie de Rastro.

Thermidor.—Digo lo que al anterior; menos el Rastro, señor.

ANTIGUA CLÍNICA DEL
Dr. Morales
Sífilis-Venéreo-Impotencia
Consultas: De dos á cinco.
Carretas, 39, Madrid

Peluquería y Barbería
JULIO GIL
Jardines, 11, Madrid.
Precios reducidos.
Limpieza esmerada.
Aseo, prontitud, economía

¿Desea usted saber cuál es el establecimiento más popular en Sombreros elegantes y más duración?

VELASCO

Sucesor de Dupuy. — Más barato que yo nadie!
Preciados, 21, Madrid.

Doctor Zúñiga
Peligros, 4, Farmacia.

Cuerpos químicos para reactivos.
Materias colorantes para microscopía.
Soluciones valoradas.

Escuela Práctica de Comercio
Montera, 43, 3.º derecha.
Clases de Contabilidad, Cálculos y Caligrafía
QUINCE pesetas al mes

JUAN HILLAN
Montador de aparatos eléctricos y toda
clase de instalaciones.
Clavel, 5, Madrid.

Nuevo Kananga
Magdalena, 5
En este acreditado establecimiento se sirve una rica taza de café por 15 céntimos.

Isidoro García
A la Puerta del Sol, 15, principales. Madrid.
Sedría. — Lanería. — Lutos. —
Confecciones. — Géneros blancos. —
Alfombras. — Perfumería. — Ropa
blanca.
Gran casa de sidos.

Los Golfos del Arte

REVISTA LITERARIA—COLABORACIÓN LIBRE

Se publica los días 1 y 15 de cada mes.

Redacción y Administración: **Madera Alta, 42, 3.º, dcha.**

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

MADRID

Un trimestre. 1,00 peseta

PROVINCIAS

Un trimestre. 1,25 .

Un semestre. 2,25 .

Un año. 4,00 .

EXTRANJERO

Un año. 5,00 francos

Número suelto, 15 céntimos. Atrasado, 25

No se devuelven los originales.

Anuncios á precios convencionales.